

JUAN MAURA Y GELABERT

CARTA PASTORAL

3 de diciembre de 1893



Biblioteca Saavedra Fajardo, 2011



Transcripción y revisión ortográfica de Miguel Andúgar Miñarro.

Agradecimientos: Don José Manuel Ángel Muñoz.

Edición realizada a partir de: Maura y Gelabert, Juan. *Carta pastoral del 3 de diciembre de 1893*. En: Boletín oficial del Obispado de Orihuela, 3 de diciembre de 1893, nº53.



**NOS, DOCTOR JUAN MAURA Y GELABERT, por la gracia de Dios y de
la Santa sede Apostólica, Obispo de Orihuela, etc., etc.**

*Al venerable Deán y Cabildo de nuestra Santa Iglesia Catedral, Illmo. Abad y
Cabildo de nuestra Insigne Colegial de Alicante, Beneficiados de una y otra, demás
Clero secular, Comunidades Religiosas y fieles de nuestra amada Diócesis, paz y
bendición en Nuestro Señor Jesucristo.*

VENERABLES HERMANOS Y AMADOS HIJOS:

Siguiendo la costumbre de dirigiros la palabra en estos días de Adviento, vamos a proponer a vuestra consideración un punto de doctrina cristiana que, si en todos tiempos ha sido capital, en los que desgraciadamente alcanzamos, es de importancia suma.

Nos referimos a la *idea cristiana de Dios*, sacrílegamente negada o falseada por la impiedad descreída, y casi por completo borrada de la memoria por el indiferentismo práctico de muchos creyentes.

No nos extenderemos en disquisiciones filosóficas, que, por cierto, no pecarían de inoportunas en estos tiempos de casi general apostasía; sino que con la autoridad de las Sagradas Escrituras y apelando a vuestro buen sentido, os exponremos sencillamente al concepto cristiano de Dios, y las ideas que sugiere, y los sentimientos que despierta, cuando le convertimos en objeto de atenta meditación.

I.

Si buscáis, amados Hijos, el concepto de Dios fuera de las inspiradas y hermosas páginas de nuestros Libros Santos, no encontraréis sino un concepto nebuloso y frío que, envolviendo el espíritu en las lobreces de la duda, oscurece la inteligencia, y hiela y seca el corazón. Fuera del Evangelio, Dios es la materia, la fuerza bruta, el ciego acaso; y el hombre, ignorando el secreto de su origen y los misterios de su destino, ni sabe de dónde viene ni a dónde va; lo pasado no es más que un fatal encadenamiento de hechos inconscientemente realizados; y lo por venir, una senda oscura y de ignorado paradero. Bien comprendéis, amados Hijos, que con semejante idea de Dios quedamos



agobiados bajo el peso de la materia vil, sin una esperanza ni una aspiración ni un pensamiento que puedan levantarnos sobre la torpe vida de los sentidos.

Si esta noción de Dios no os place, podéis ensayar cualquiera otra de las innumerables fantaseadas por el orgullo de la razón, siempre fecundo en todo linaje de errores. ¿No queréis la materia por Dios? Pues ahí está un Dios espíritu, que aislado en las inaccesibles cumbres de su grandeza infinita, mira con soberana indiferencia a los seres inferiores que moramos en este bajo suelo, condenados a las duras penalidades de una mísera existencia; ese Dios de quien se ha dicho que es *un espantoso solitario encerrado en su inmenso egoísmo*. ¡Qué idea de Dios, amados Hijos! El sentido común de la humanidad la rechaza, protestando contra ese Dios inaccesible, contra ese Dios egoísta, indiferente a nuestro culto, sordo a nuestras oraciones, insensible a nuestros males.

¿Queréis todavía otra idea de Dios? Pues hela aquí: «Dios es un ser sin personalidad determinada; es simplemente una Idea que se desenvuelve sin cesar, revelándose, después de infinitas evoluciones, en la razón, en la conciencia, y en la Humanidad y la Historia.

Mas ¿a qué molestaros, amados Hijos, con esas destemplanzas de la ciencia, dignas sólo de compasión, si no entrañasen consecuencias prácticas funestísimas? Mejor será que todo eso, consultar el sentido común que a tales desatinos de la falsa ciencia opone aquel sublime arranque del Salmista: *Domine, Dominus noster quam admirabile est nomen tuum in universa terra!* ¡Oh Señor, Señor Dios nuestro! ¡Cómo brillan en toda la redondez de la tierra, y en todos los puntos del espacio, y en todos los seres de la creación, vuestra ilimitada sabiduría, vuestro infinito poder, y la excelsa majestad de vuestro augusto nombre! Nada importa que la razón soberbia os niegue, ni la ciencia desatentada os combata; el sentido común de la humanidad os proclama solemnemente. *Ex ore infantium et lactentium perfecisti laudem propter inimicos tuos*¹. Con solo fijar la vista en el sublime espectáculo de la naturaleza, se comprende enseguida que Vos existís; que sois el omnipotente Criador de todas las cosas; que sois un Dios personal, Inteligencia infinita y Sabiduría increada: *Quoniam videbo coelos tuos operam digitorum tuorum, lunam et stellas quoe tu fundasti*².

¹ Psal. VIII.

² Ibid.



Este es el lenguaje de la sana razón, amados Hijos; así es como se expresa por natural instinto el corazón humano, dando con ello un solemne mentís a los delirios de la pasión y a los extravíos de la ciencia. Pero veamos qué es lo que a esto añade el Evangelio.

La idea cristiana de Dios abre al humano entendimiento ilimitados horizontes, y despierta en el corazón el íntimo sentimiento de las estrechas relaciones que nos unen con el Ser Infinito; pues nos enseña que somos preferente hechura de sus manos, y que, bajo su vigilancia solícita y amorosa, recorreremos las sendas de la vida temporal, para descansar después eternamente en las mansiones de su gloria. Según la idea cristiana, Dios es para nosotros un ojo vigilante, una mano benéfica, un corazón tierno y cariñoso que atiende con tan paternal esmero a nuestra conservación, que hasta nuestros cabellos tiene contados. *Vestri autem capilli capitis omnes numerati sunt*³. Ésta es, amados Hijos, la idea cristiana de Dios. ¡Cuánta elevación, y cuánta belleza!

Mas, oíd todavía las tiernísimas frases con que el divino Jesús desenvuelve y comenta este sublime concepto. «No os acongojéis, hijos míos, nos dice, no os acongojéis con el cuidado del alimento y el vestido: *Ideo dico vobis ne solliciti sitis animæ vestrae quid manducetis, neque corpori vestro quid induamini*⁴. ¿A qué esos afanes y esa congoja? ¿Acaso la vida, que os fue infundida por el soplo de Dios, no vale muchísimo más que el alimento? Y ese cuerpo tan a maravilla organizado por la divina omnipotencia, ¿no vale muchísimo más que el vestido que le cubre? Mirad las aves del cielo que ni siembran, ni siegan, ni tienen graneros; y, sin embargo, el Padre celestial los alimenta largamente. ¿Por ventura vosotros, criados a imagen y semejanza de Dios, no sois muy superiores a las avecillas que cruzan por el espacio? *Nonne vos magis pluris estis illis*⁵. Por mucho que os esforcéis, no sois poderosos a añadir ni una sola pulgada a vuestra natural estatura; y sin embargo, vuestro cuerpo se desarrolla y crece obedeciendo espontáneamente a las leyes providenciales de la Omnipotencia que lo ha creado. ¿Por qué os acongojáis con el cuidado del vestido? Mirad los lirios del campo cómo crecen y florecen. No trabajan, ni tampoco hilan; no obstante, yo os aseguro que ni Salomón, con toda su gloria, se vistió con tanto primor como una de ellos. Y, si Dios viste tan espléndidamente la humilde hierbecilla que florece hoy para ser mañana

³ Matth. X, 30.

⁴ Matth. VI, 25.

⁵ Ibid. 26.



echada al fuego, ¿cuánto más cuidará de vosotros que sois obra maestra de sus manos, hijos predilectos de su creación? Así, pues, hijos míos, no deis cabida a los vanos cuidados, porque vuestro Padre conoce perfectamente vuestras necesidades, y es poderoso a remediarlas. Buscad, ante todo, el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura. *Quærite ergo primum regnum Dei et justitiam ejus; et loec omnia adjicientur vobis*⁶.

¡Qué idea de Dios, amados Hijos! Al fijar en ella la atención, y consideraros objeto preferente de los cuidados paternales de aquel buen Dios que todo lo rige y ordena con providencia omnisciente y amorosísima, ¿no sentís que se os ensancha el corazón con las más dulces emociones? ¿No os sentís transportados por la gratitud y el amor a los pies de aquel Padre amantísimo que desde el polvo de la nada nos ha levantado a la altura de hijos suyos? No, no es posible otra idea de Dios que, cual la idea cristiana, armonice la sencillez con la sublimidad, los vuelos de la inteligencia más alta con los sentimientos del corazón más humilde, las especulaciones de la ciencia con las realidades de la vida; porque esta idea es luz del alma, luz que abriga y calienta, y forma sabios y héroes y santos; es paño que seca todas las lágrimas, bálsamo que cierra todas las heridas, rocío que refrigera el corazón, y ambiente purísimo que vigoriza y conforta el espíritu.

A la luz de esta idea se comprende y se explica cómo puede el alma subir a las más altas cumbres de la perfección evangélica; porque la santidad no es otra cosa que la absoluta sumisión de la criatura racional a las ordenaciones del Dios Creador; la identificación de la voluntad humana con la voluntad divina, para no querer sino lo que Dios quiere, para no amar sino lo que Dios ama, ni complacerse sino en aquello en que Dios se complace. A la luz de esta idea se explican todas las bellezas de la religión, todos los heroísmos de la fe y los milagros de la gracia. Se explica la serenidad del mártir que arrostra impávido las iras de los tiranos y la saña de los verdugos, alentado por aquellas palabras de nuestro Padre celestial: *No temáis, contados tengo los cabellos de vuestra cabeza, ni uno solo caerá sin mi permiso*; se comprende y explica el heroísmo de la pobreza evangélica, noble martirio del corazón que amola en aras del desprendimiento todas las aficiones terrenas, aun las más legítimas e inocentes; virtud sublime que recorre el desierto de la presente vida sin más recursos ni sostén que su

⁶ Ibid. V. 33.



ilimitada confianza en la divina Providencia que dice: *Buscad, ante todo, el reino de Dios y su justicia, que lo demás se os dará por añadidura.*

Pero, dejando a un lado estos hechos que salen de la esfera común, es evidente, amados Hijos, que la idea cristiana de Dios y su Providencia ha de ejercer necesariamente en todos los actos de la vida humana una influencia poderosa y decisiva; pues una vez penetrados y poseídos de esta idea cristiana, nada más ambicionaríamos que el cumplimiento de la divina voluntad, sometiéndonos a ella gustosamente; no para renunciar a los bienes terrenos, perfección altísima a la cual no todos somos llamados; pero sí para no atizar el fuego de las pasiones con el insaciable deseo de acumular esos bienes sin tasa ni medida; para no consagrar al ídolo de la ambición todos nuestros afanes y desvelos; para no correr desalados en pos de los honores que nos desvanecen, o de la fortuna que nos seduce; y, en fin, para no dejarnos llevar del ciego impulso de las pasiones, a las cuales posponemos frecuentemente la conciencia y la ley divina. Nos someteríamos a Dios, repito; y, confiados en su amorosa Providencia que vela por nosotros, nos dedicaríamos ante todo y sobre todo, a la práctica de las virtudes cristianas, seguros de que, si así place a nuestro buen Padre que está en los cielos, todo lo demás se nos daría por añadidura.

Y no vayáis a creer, amados Hijos, que esta influencia de la idea cristiana sea una simple ilusión de la fantasía. Por fortuna, y gracias a la infinita misericordia de Dios, esta idea es el alimento con que se nutren y vigorizan muchas almas que, sin buscar precisamente la perfección a muy pocos reservada, llevan profundamente impresas en su corazón las sublimes máximas del Evangelio, y las practican puntualmente. Para estas almas todos los acontecimientos que forman la historia de nuestra vida temporal, son anillos de una cadena que la mano de Dios va eslabonando seriamente. Y ¿cómo no respetar la obra de Dios? ¿Cómo no seguir el curso de las cosas dispuestas y ordenadas por su amorosa Providencia? A ellas se someten de buen grado esas almas generosas; y, así en lo próspero como en lo adverso, adoran y bendicen a Dios con aquellas bellísimas palabras: *Fiat voluntas tua. ¡Señor y Padre mío! ¡Cúmplase vuestra voluntad así en la tierra, como en el cielo!*

Amados hijos; ¡cuántas almas debe de haber entre nosotros que, sin llamar nuestra atención ni distinguirse por virtudes extraordinarias, sin más que resignarse a las disposiciones de la Providencia, suben a una altura de perfección solo de Dios conocida!



¡Bendita la religión que tales prodigios obra! ¡Benditas las máximas evangélicas que, llevando la paz y el consuelo al corazón lo engrandecen y santifican!

II.

Al llegar a este punto, se viene naturalmente a la memoria el pavoroso problema designado con el nombre de *cuestión social*; presentándose ¡ay! Rodeado del fúnebre cortejo de las conmociones y desastres que ha causado ya entre nosotros, y asociado al triste presentimiento de los que viene preparando.

El temeroso problema es, no lo dudéis, consecuencia lógica y natural de la negación y el olvido de la idea cristiana de Dios, que una vez borrada del entendimiento, había de ser forzosamente sustituida por otras ideas y otros principios que entrañan todos esos males.

En efecto, amados Hijos, sin un Dios creador, y sin una Providencia sapientísima que presida los destinos del hombre, sin una vida futura que sea continuación de la presente, y aclaración de los misterios que nos rodean, y conciliación y armonía de las aparentes contradicciones en que vivimos envueltos; sin la esperanza de una compensación futura a nuestras desdichas presentes, y de una satisfacción cumplida a nuestros ardientísimos deseos de felicidad perdurable; ¿a qué se reducen el fin del hombre y la vida de la sociedad humana? Circunscritos a los limitados horizontes de este diminuto planeta, y moviéndonos en el estrecho círculo de esta vida temporal y deleznable e insegura, ¿qué dirección han de tomar nuestras ideas? ¿A dónde vamos a buscar la felicidad que nuestros corazones ansían? ¿Con qué extinguiremos la sed abrasadora de gozar que atormenta a nuestras almas? Y las pasiones que se agitan y rebullen en nuestro pecho, reclamando, con mucha urgencia y con gran imperio, la libertad de lanzarse sobre la codiciada presa, ¿cómo vamos a apaciguarlas? ¿Qué satisfacción podemos ofrecerles que, ni remotamente, compense las privaciones a que tratamos de sujetarlas?

No hemos, pues, de maravillarnos, amados Hijos, de que borrada la idea de Dios y su Providencia, el hombre considere limitados sus destinos a la vida temporal, y encerrados en ella y en sus goces pasajeros todos sus ideales y el último fin de toda su existencia. De aquí se siguen, con todo el rigor y la fuerza de una lógica abrumadora,



los terribles conflictos sociales hijos del deseo de gozar, sin cortapisa y pronto y apresuradamente, todo lo que gozarse pueda; ya que la vida es breve, y el campo de nuestra felicidad limitadísimo, y la ciega y caprichosa Naturaleza ha repartido sus dones con tan inicua e irritante desigualdad. Por eso el rico, inevitablemente dominado de miras egoístas, con dificultad abre la mano para aliviar las necesidades del pobre; y éste, injustamente excluido de los goces de la vida, se revuelve indignado contra la desigualdad de clases y de fortuna, que, partiendo de la negación de Dios, es, en realidad, una burla despiadada, un sangriento sarcasmo lanzado por la sociedad al rostro del infeliz obrero. Ved ahí por qué el hijo desheredado de nuestra descreída sociedad arma su brazo con el explosivo destructor y homicida; y con una constancia, con una tenacidad y un encono, producto de todas las pasiones exaltadas por el odio más profundo, persigue su infernal propósito de arrastrar todo lo existente, para nivelar de ese modo las desigualdades sociales, raíz y origen, según él, de todas las injusticias, de todas las tiranías e irritantes humillaciones con que se le veja y oprime.

Y lo más grave es, amados Hijos, que el terrible problema, propuesto llanamente y sin ambages, se ha convertido en lema de rebelión, y en pretexto de guerra a muerte; guerra que no permite treguas ni sufre a pactos ni transacciones de ninguna especie. Ya no hay sino luchar, luchar a brazo partido y sin descanso; luchar hasta que uno de los dos combatientes quede a total discreción del vencedor afortunado; ya no hay más arbitraje que el de la fuerza bruta para dirimir la contienda entablada, y que, después de todo, ha de entablarse de nuevo mientras queden subsistentes las causas que la han motivado. Y subsistentes quedarán, porque así lo quieren aquellos que son llamados a resolver el conflicto. Ved, si no, lo que está pasando.

Los gobiernos de las naciones modernas han declarado a la Iglesia guerra más o menos insidiosa, o la han preterido con afectada indiferencia, o, a lo sumo, se han contentado con mantener con ella relaciones de pura cortesía. Así es que el *naturalismo* domina sin rebozo en todas las esferas de acción de los poderes públicos, cuyos actos no veréis ya autorizados jamás con el santo nombre de Dios, que raras veces acude a los labios de nuestros legisladores y gobernantes; y, si alguna vez suena en ellos, es como frase rutinaria, o simple modismo de la lengua. Y de este empeño insensato de *neutralizarlo*, de *secularizarlo* todo, ¿qué ha de resultar, amados Hijos, sino que cada día se vaya poniendo más densa y más insalubre la atmósfera de ateísmo práctico en que viven y respiran los públicos poderes? ¿Qué ha de resultar sino que el naturalismo,



acariciado en las altas regiones, y oficialmente sancionado, penetre en nuestras leyes, se refleje en nuestras costumbres, se sienta en nuestros hogares, y llegue, por fin, a tener en sus manos todos los resortes de la vida social?

Eso había de resultar, y, desgraciadamente, ha resultado. Y, con todo eso, los poderes públicos se empeñan ¡qué error! En conjurar el conflicto aplicándole los mismos procedimientos, y los mismos principios y doctrinas que lo han traído. Porque, ¿cómo se quiere calmar la exaltación del infeliz proletario, si se le cierra la puerta de toda esperanza y de todo consuelo? ¿Si no se procura que su alma fatigada por la lucha, y abatida por el sufrimiento y el dolor, respire el aire puro y confortante de las sanas ideas? Y, ¿qué ideas sanas han de poner a la vista del obrero los que, desde las alturas del poder, enseñan y practican una moral pura y simplemente positivista, pura y simplemente atea y utilitaria?

Y eso, amados Hijos, que nosotros no pensamos que la *cuestión social* haya de ser resuelta con *sola* la enseñanza de la moral cristiana; no, nosotros queremos que, juntamente con ella, y por ella auxiliada y protegida, venga la *ciencia económica* a tomar parte en la solución del conflicto; queremos que, dentro del vastísimo campo en que, por voluntad de Dios, se mueve la actividad humana, se busquen y utilicen todos los medios naturales de mejorar nuestra condición presente. Venga, pues, en buen hora, venga la ciencia a plantear y resolver problemas sociales, a ensanchar los horizontes del saber, a realizar nuevas conquistas, y extender su hermoso imperio hasta los más remotos confines. Pero que no venga con la bandera del positivismo o del ateísmo, desplegada a los cuatro vientos, que insensata no relegue al olvido el santo nombre de Dios, ni se crea poderosa para labrar con solas sus luces naturales la felicidad social; pues de lo contrario la ciencia, don altísimo del cielo, participación y destello de la Luz increada que reverbera en la frente del hombre para guiarle a la posesión de la verdad, se convierte en semillero de errores, y en instrumento de ruina y muerte.

Porque, amados Hijos nuestros, los males que deploramos, la gravísima cuestión que tanto preocupa y alarma las sociedades modernas, tiene raíces muy hondas en la ciencia atea y positivista. Ella es la que ha combatido, con verdadero odio, la idea cristiana y toda otra idea de Dios; la que ha minado y destruido los fundamentos de la moral; la que ha encadenado nuestro destino a las condiciones de la materia, y encerrado en los reducidos límites de una existencia brevísima todas nuestras esperanzas y nuestro porvenir. Y estas doctrinas, enseñadas un día y otro, y propagadas,



ora con el celo y entusiasmo del apóstol, ora con la terquedad y el fanatismo del sectario, son el punto de partida y el supuesto obligado e indiscutible de las modernas ciencias económicas y sociales, acreditadas, por esta misma razón, de ser impotentes para resolver el conflicto. ¿Y cómo han de resolverlo, si ellas son precisamente las que lo favorecen y alientan con sus desatentados principios? ¿Cómo han de combatir eficazmente las ideas anárquicas y disolventes, si sus propias teorías y lucubraciones son las verdaderas causas generadoras del *socialismo*, y la justificación lógica de sus últimas aterradoras consecuencias? Si se siembran vientos, ¿cómo no han de recogerse tempestades?

¡Ay, amados Hijos! Mientras la idea cristiana de Dios y su adorable Providencia no recobre su perdido imperio sobre nosotros, la paz huirá de nuestros hogares, la alarma será el estado normal de los pueblos, y, reemplazada la civilización con la barbarie y el salvajismo, la sociedad se agitará con ansias y convulsiones de muerte.

Refugiémonos, pues, amados Hijos, en el sagrado de esta idea salvadora, única que puede librarnos de los furores de la tempestad que se aproxima; y, ya que otra cosa no está en nuestra mano, trabajemos por el triunfo de las sanas ideas hasta donde alcance la esfera de nuestra acción, y en la medida de nuestras fuerzas.

Ligeramente, y casi de pasada, hemos tratado una cuestión gravísima, que reclama más largo estudio y detenida exposición. No dejará de ofrecerse oportunidad, así lo esperamos, de volver sobre el mismo tema, y tratarlo más extensamente.

Mientras tanto, recibid, amados Hijos, la bendición que os enviamos en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Dada en nuestro Palacio Episcopal de Orihuela el 3 de Diciembre de 1893.

Juan, Obispo de Orihuela.

Por mandado de S. S. Ilma. Y Rvma. El Obispo mi señor,

DR. INDALECIO FERRANDO

Chantre Pro-Secretario.

NOTA: La presente CARTA PASTORAL será leída por los Sres. Curas y Eónomos al ofertorio de la Misa conventual, el Domingo siguiente a su recepción.